

# El problema del Cuarto Evangelio

Publicado originalmente en *The Theosophical Review*  
28 (Julio 1901): 405-415.

por **G. R. S. Mead**

Toda la tradición acerca de la residencia del apóstol Juan en Éfeso se basa en las afirmaciones de Ireneo quien, de esta forma, intenta asentar su pretensión de que él (Ireneo) estaba en contacto directo con la tradición apostólica. Cuando apenas era un muchacho, dice Ireneo, había conocido a Policarpo quien, asegura él, era un discípulo del apóstol Juan. Esta última afirmación de Ireneo se ha visto seriamente cuestionada por muchos expertos.

Volviendo a la evidencia de Papias (hacia el año 140 d.C. o, según Harnack, entre el 145 y el 160 d.C.) nos enfrentamos con su enormemente difícil afirmación de que en su tiempo dos “discípulos del Señor”, Aristion y Juan el Mayor, estaban vivos, y esto a continuación de su referencia a otro Juan, un “discípulo del Señor”, mencionado en una lista con otros bien conocidos nombres de apóstoles que ya habían desaparecido.

Hemos visto que la única salida que para esta dificultad sugiere el Dr. Abbott es el expurgar las palabras “discípulos del Señor” que vienen a continuación de los nombres de Aristión y Juan el Mayor. ¿Cómo supera esta dificultad el profesor Schmiedel, en su artículo sobre “Juan”? Papias dice claramente que lo que le interesaba era escuchar de los seguidores de aquellos de más edad lo que pudieran relatarle de lo que los más mayores habían contado acerca de lo que dijeron ciertos “discípulos del Señor”. Estos “discípulos del Señor” habían muerto y a Papias no le interesaba mucho ni lo que se afirmaba de ellos en los libros, ni lo que ciertos escritores declaraban que dijeron. Papias creía que hallaría mejor la verdad en esta materia por medio de la tradición oral. Esto, además de lo que ya había espigado en su juventud directamente de algunos otros seguidores más antiguos. Pero había una confirmación adicional de la naturaleza de esos “mandamientos dados por el Señor como materia de fé” para aquellos de más edad que habían conocido antes a ciertos “discípulos del Señor”, ya desaparecidos, y a los que también habían conocido ciertos “discípulos del Señor” aún vivos, es decir, Aristión y Juan el Mayor. Ahora bien, en relación con esto, “mayor” no puede referirse a la edad, sino que debe hacer relación al oficio. El segundo Juan es mayor, pero además, y sobre todo, se distingue por ser también un “discípulo del Señor”. En nuestra opinión, como ya hemos dicho, este término significa un grado, y señala a este Juan como a alguien que disfrutó de la inspiración directa del Maestro *después de su muerte*.

¿Como supera el profesor Schmiedel esta dificultad? De la frase “discípulos del Señor”, escribe: “Esta expresión había sido usada inmediatamente antes, en sentido estricto, para referirse a los Apóstoles; en el caso de Aristión y Juan el Mayor, se usa claramente en un sentido más amplio, aunque de ningún modo tan ampliamente como en las Actas de los Apóstoles 9.1, en donde se denomina así a todos los cristianos; porque en ese caso la expresión habría sido bastante superflua aquí. Un conocimiento personal de Jesús, aunque no continuado durante largo tiempo es, por tanto, lo que se debe querer decir. Semejante conocimiento parece que debería quedar excluido si Papías hubiera hablado con ambos en una fecha tan tardía como el 140 o el 145 a 160 d.C.” El profesor Schmiedel, sin embargo, piensa que las palabras de Papías se refieren a un tiempo anterior a aquel en el que escribió su libro. Pero incluso así, deberemos contar con la evidencia de que Aristón es quizás el escritor del apéndice al Evangelio (canónico) de Marcos, en cuyo caso la fecha se expande hacia adelante otra vez. De nuevo la asunción del profesor Schmiedel de que Papías conocía a Aristón y Juan el Mayor personalmente se basa en una peculiar traducción que hace él mismo del texto y que no encaja bien en la construcción de la frase. Por lo demás, y como ve él mismo, hay dos nexos de conexión entre Juan el Mayor y los Apóstoles. Nosotros, por tanto, preferimos el significado más directo de Papías y el sentido amplio del término “discípulos del Señor”.

Ahora bien, Papías, en un fragmento conservado por escritores posteriores, afirma que Juan el apóstol sufrió martirio, “los judíos le dieron muerte”, mientras que del “Juan” de Ireneo se dice que murió a avanzada edad en Éfeso. Ireneo, por supuesto, dio por sentado que este Juan de Efeso era el apóstol; pero ningún otro escritor eclesiástico del siglo segundo sabe nada de la residencia del apóstol en Éfeso. En el Cuarto Evangelio, por otro lado, se “presupone” que Juan no sufre la muerte de un mártir, mientras que el gnóstico Heracleon, hacia el año 175 d.C. confirma el martirio del apóstol Juan.

¿Cómo pueden, entonces, ser reconciliadas estas afirmaciones contradictorias y ser excusado el “gran descuido por parte de las autoridades encargadas de la tradición eclesiástica”? Como ya hemos visto en Papías, hubo dos Juanes, el Apóstol y el Mayor, ambos “discípulos del Señor”. Juan el Mayor puede que hubiera residido en Éfeso. Estos dos Juanes fueron confundidos, de la forma más antihistórica, por aquellos que buscaban un origen apostólico del Cuarto Evangelio.

Ahora bien, en el Nuevo Testamento hay no menos de cinco documentos de los que se atribuye oficialmente la autoría al apóstol Juan. De esos cinco, solo dos ocuparán nuestra atención en la presente investigación. En la actualidad se proclama por el cánón que el apóstol Juan escribió tanto el Cuarto Evangelio como, además, el Apocalipsis. Por otra parte, ningún otro libro en el Nuevo Testamento ha sufrido tantas vicisitudes en cuanto a su aceptación y rechazo, como el Apocalipsis, pues desde los primeros tiempos se vertieron dudas acerca de su origen apostólico. Pero no solo esto, las diferencias de estilo entre este documento y el Cuarto Evangelio son tan absolutamente divergentes, que incluso el lector menos instruido puede detectarlas abiertamente con la inspección más superficial.

Al considerar la autoría del Apocalipsis, deberemos proceder en primer lugar con la asunción de que el libro es una unidad. “El espíritu del libro puede ser utilizado como un argumento a favor de la autoría del apóstol”, sobre la base de su entera concordancia con la descripción sinóptica de “hijo del trueno”. Su contenido escatológico, su carácter

judeo cristiano, su “violenta e irreconciliable hostilidad” hacia los enemigos de fuera y los falsos maestros de dentro, sus expresiones fieramente proféticas, todo testimonia a favor de la justicia de este sobrenombre; aún así, el escritor no se llama a sí mismo apóstol, sino solo un ministro de Cristo.

Por otra parte, la erudición técnica y la hábil disposición del escritor son difícilmente consistentes con la descripción sinóptica de que Juan era un pobre pescador, y con la descripción que de él hacen las Actas como “un hombre inculto e ignorante”. Por encima de todo, deberíamos esperar una “más viva imagen de la personalidad de Cristo” de parte de un testigo ocular. Y, finalmente, el Apocalipsis habla de los doce de “una forma bastante objetiva”, sin el más mínimo indicio de que el escritor sea uno de esos doce. Estas dificultades se reducen, sin embargo, si asumimos que Juan el Mayor fue el autor y no Juan el Apóstol.

Pero, incluso así, aún no hemos salido del atolladero porque ya no es posible mantener por más tiempo que el Apocalipsis sea una unidad, y la investigación crítica ha demostrado que es, en un análisis simple, un Apocalipsis judío reescrito por una mano cristiana. La cuestión, entonces, se vuelve bastante más complicada; ¿era el Apóstol o el Mayor el que rescribió o redactó originariamente alguna parte de él? La única hipótesis que puede ayudar en conexión con esto es que Juan el Mayor fuera el autor de las Cartas a las Siete Iglesias.

Después de revisar las diferencias radicales de lenguaje y esferas de pensamiento entre los dos documentos bajo discusión, el Apocalipsis y el Cuarto Evangelio, el profesor Schmiedel concluye: “Incluso el intento de hacer retroceder el Apocalipsis y el Cuarto Evangelio hasta uno y un mismo círculo o uno y una misma escuela... es, por lo tanto, atrevido”. Sería mucho más correcto decir que el autor del Evangelio estaba familiarizado con el Apocalipsis y se ayudó de él en la medida en que las fundamentales diferencias entre sus respectivos puntos de vista lo hacían posible. Contando con la dependencia así indicada, podría asumirse con seguridad que el Apocalipsis fue un libro apreciado en los círculos en los que se movió el autor del Evangelio, y que éste surgió en dicho entorno y atmósfera.”

En esto no podemos, sin embargo, estar de acuerdo; puede ser que el Apocalipsis fuera un libro apreciado en el círculo del autor del Evangelio, a causa de su carácter apocalíptico, pero es manifiestamente cierto que el escritor del cuarto Evangelio no surgió del intolerante y poco amable “entorno y atmósfera” del que compiló y rescribió la Revelación.

Volviendo ahora al Cuarto Evangelio mismo, el método de indagación adoptado por la investigación científica se centra sobre la cuestión de la historicidad del Evangelio. “En la medida en que la tradición concerniente a la autoría es incierta, deberemos confiar sobre todo en estos medios de llegar al conocimiento”. La línea de investigación más importante es la comparación entre los tres escritos sinópticos, pero aquí hay que recordar que no podemos comenzar postulando un más elevado grado de historicidad para los sinópticos; todo lo que podemos hacer legítimamente es descubrir las diferencias y, después, verificar cual es el relato más preferible, inquiriendo finalmente si el que lo es menos pudiera provenir de algún testigo ocular.

Presentando por su orden las diferencias fundamentales. La poderosa personalidad del Bautista de los sinópticos, en Juan se convierte en una “mera figura subsidiaria introducida para hacer conocer la majestad de Jesús”. La escena del ministerio público de Jesús en Juan es muy diferente del relato de los sinópticos; así es igualmente en el orden de los principales acontecimientos en la vida pública. Las narraciones de los milagros en Juan están “esencialmente incrementadas” en relación con las de los sinópticos, y Juan añade narraciones nuevas y más asombrosas; además, los milagros de Juan pueden siempre ser más fácilmente explicados de manera simbólica. Pero quizás la diferencia más importante de todas es la que se refiere a la fecha de la crucifixión; además Juan no menciona la celebración de la Última Cena, pero predica la doctrina mística de que la “Pascua” cristiana fue el sacrificio de Cristo en la cruz. Y más aún, “la diferencia de carácter entre los sinópticos y los discursos de Juan acerca de Jesús difícilmente podrían ser sobreestimados”. En lo que se refiere a la representación que hace Juan de Jesús, está siempre en armonía con las “manifestaciones del Cristo que describe Juan”, que Él es el Logos de Dios. No se recoge en relación con Jesús nada que pudiera hacer percibir un origen o naturaleza terrenos. El autor del Cuarto Evangelio predica la salvación universal, espiritualiza la escatología y el “segundo advenimiento”. Lo que dice Jesús acerca de Sí mismo afirma su preexistencia desde toda la eternidad, y que El es el único Camino e Hijo único del Padre; en resumen, se Le identifica con el Logos del prólogo.

El profesor Schmiedel asume que este prólogo fue escrito por el autor del resto del trabajo, pero nosotros somos de la opinión de que proviene de otra mano, y no solo esto, sino que fue especialmente seleccionado como una introducción apropiada, si no como un texto sobre el cual se basaron las ideas conductoras del Evangelio. Y esto podría explicar los siguientes puntos de vista contradictorios de los críticos, pues el profesor Schmiedel escribe: “Uno podría suponer como evidente en sí mismo que el evangelista en este prólogo tuvo la intención de proponer los pensamientos fundamentales que iba a desarrollar seguidamente en el curso del Evangelio”. Como quiera que sea, la opinión del profesor Harnack es “que el prólogo no es expresión de la propia visión del evangelista, sino que está destinada meramente a producir una predisposición favorable en relación con el libro en la mente del lector culto”.

Ahora debemos hacer notar que no hay enseñanzas positivas en los Evangelios, o en el Nuevo Testamento en general, en relación con el origen de las cosas, excepto en este proemio. Y, aún más, debe reseñarse que lo mismo que los últimos seguidores de Platón escogieron especialmente al Timeo como objeto de estudio y comentario, así los cristianos de inclinaciones más filosóficas (por ejemplo, los gnósticos de la segunda mitad del siglo segundo) escogieron este proemio como objeto de comentario. El Timeo se basó y compiló, evidentemente, a partir de fragmentos de escritos más antiguos, y nosotros somos de la opinión de que este fue también el caso del proemio del Cuarto Evangelio.

Pero cuando el profesor Schmiedel escribe: “La percepción de que el prólogo es un intento deliberado de servir de preparación a la totalidad del Evangelio, ha alcanzado su resultado lógico final en la proposición de que el Evangelio completo es una concepción en cuya raíz no yace ni historia ni, incluso, tradición de otra clase, sino únicamente las ideas del prólogo”, nosotros no estamos completamente seguros de que este sea el caso. Más bien sostenemos que el prólogo en sí mismo no era la base del Evangelio, sino que el autor fue educado en una atmósfera en la cual esas ideas contenidas en el prólogo

estaban de actualidad, y que este prólogo mismo es un recorte de un documento perdido. Y sostenemos, además, que esas ideas pertenecían a una tradición separada, que difería considerablemente de la tradición sinóptica, aunque no negamos, al mismo tiempo, la personal inspiración del escritor del Cuarto Evangelio y su tratamiento independiente de ambas tradiciones, la exterior y la interior. Esto no significa, por supuesto, asumir la historicidad de la “tradición de Juan”, pero asume una tradición mística no solo de igual autoridad que las tradiciones exteriores, sino mayor, en la mente del escritor del documento “de Juan”, que la visión de los sinópticos.

El profesor Schmiedel, resumiendo las comparaciones entre Juan y los sinópticos, escribe: “Podríamos asegurar sin incurrir en riesgos, no solo que los seguidores de la tradición sinóptica no habían estado familiarizados con el Cuarto Evangelio, sino también que no estaban al tanto de la existencia de otras fuentes, escritas u orales, conteniendo todas esas divergencias con su propio relato que se exhiben en este Evangelio.” Esta parece ser la conclusión correcta a partir de la evidencia; al mismo tiempo, debe ser resaltado que, aunque el escritor del Cuarto Evangelio estaba familiarizado con los principales materiales usados por los tres autores sinópticos, y los trataba con la mayor libertad, y aunque los autores sinópticos parecen no haber sabido nada de las tradiciones escritas u orales usadas exclusivamente por Juan, todo esto no excluye necesariamente que fueran escritores contemporáneos.

En cuanto a la evidencia interna de la nacionalidad del evangelista, “su actitud – en parte de aceptación, en parte de rechazo- hacia el Antiguo Testamento” y su “poca familiaridad con las condiciones en Palestina en el tiempo de Jesús”, condujo a la conclusión de que “era por nacimiento un judío de la diáspora o el hijo de padres cristianos que habían sido judíos de la diáspora”. Ha sido, sin embargo, fuertemente contestada la posibilidad de que el escritor pudiera no haber sido judío.

La conclusión formal del Cuarto Evangelio se encuentra al final del capítulo 20, está ya “fuera de cuestión” que el capítulo 21 es un apéndice; aún más, puede ser claramente probado que no proviene del mismo autor que el resto del libro. El propósito principal de la segunda parte de este apéndice es la “acreditación” del documento- un hecho que muestra que la autoría y contenido habían sido ya cuestionados. Los autores de este apéndice afirman que fue un cierto discípulo, amado de Jesús, quien había escrito “estas cosas” y que ellos (los autores) sabían que su “testimonio” era verdad.

Lo que cuenta el propio escritor del Evangelio acerca del autor es que “el vio su relato desnudo y su relato es verídico: y el uno sabe que habla verdad”. La mayor de las ingenuidades se ha empleado con estas palabras, hasta el punto de convertirlas en una afirmación del escritor acerca de sí mismo, pero esto es manifiestamente imposible. Finalmente, en el otro supuesto testimonio sobre sí mismo, la designación del innominado discípulo como “el discípulo a quien Jesús amaba” habla “bastante decisivamente” contra esta asunción. En todo esto, sin embargo, en lo que se refiere a la autoría, no tenemos hechos ciertos derivados de evidencias internas.

Pasando, a continuación, a la evidencia externa en lo relativo a la autenticidad del Cuarto Evangelio, el profesor Schmiedel tiene, por supuesto, que cruzar el mismo terreno que ya hemos revisado nosotros en lo que se refiere a los trabajos del Dr. Abbott. Y esto lo realiza de una manera muy completa y erudita, escribiendo, como resumen de su estimación de los hechos: “Nos sentimos impulsados no solo a reconocer

la justicia de la observación de Reuss de que ‘las increíbles molestias que se han tomado para recoger evidencias externas solo sirve para mostrar que no existe ninguna de las del tipo que realmente se buscaban’, pero también incluso para establecer como principio crítico fundamental que la producción del Cuarto Evangelio debe ser asignada a una fecha anterior pero lo más próxima posible, al tiempo en el cual empiezan a aparecer signos de que ya resulta familiar. Las declaraciones claras en cuanto a su autenticidad no comienzan, ciertamente, antes del 170 d.C.”

Es completamente cierto que, más lejos de este punto, nada puede ser definitivamente probado; pero, como ya hemos indicado, nos inclinamos a asignar al Cuarto Evangelio una fecha tan antigua como la de los sinópticos, y atribuir su reconocimiento más tardío, comparado con el de los sinópticos, a la dificultad que siempre experimentan las mentes normales para asimilar doctrinas de naturaleza espiritual o mística.

“Si”, por tanto, “con pensamiento independiente se puede establecer como fecha aproximada de la producción del Evangelio algún momento ligeramente anterior al 140 d.C.”, entonces debe asignarse una nueva importancia al pasaje (5.43), donde se hace decir a Jesús: “He venido en el nombre de mi padre y tu no me recibes; si algún otro viniera en su propio nombre, a él lo recibirías”. Esto ha de ser tomado como una profecía realizada después del suceso, como es el caso en miles de ejemplos de la moderna literatura apocalíptica. Barchochba, proclamando ser el Mesías, encabezó una revuelta de los judíos en el año 132 d.C., que terminó en la completa extinción del Estado judío en el 135 d.C.

Además, revisando la naturaleza de la evidencia externa en lo relativo a los Evangelios, el profesor Schmiedel da una valiosa advertencia a aquellos que tienen que decidir entre los puntos de vista conservador e independiente en esta materia. Después de citar un cierto número de declaraciones de los Padres de la Iglesia (en relación con otros escritos) que se admiten por ambos lados como fantásticas o erróneas, escribe: “Cuando los Padres de la Iglesia traen ante nosotros afirmaciones como esas, nadie les cree; pero cuando “atestiguan” la veracidad de un libro de la Biblia, entonces los teólogos conservadores consideran que ese hecho es suficiente como para acallar toda crítica. Esto no puede continuar así para siempre. La fórmula constantemente repetida de que un escrito antiguo es “atestiguado” en fechas muy tempranas por (digamos) Ireneo, Tertuliano o Clemente de Alejandría, habría de ser sustituida por la afirmación mucho más modesta de que su existencia (no su veracidad) se atestigua solo en fechas tan tardías como son las de los escritores mencionados, y esto solo si las citas son innegables o el título es expresamente mencionado”.

Después de esta declaración es extraño encontrar críticos informados que adopten la afirmación de alguno de dichos Padres de la Iglesia en un punto muy debatido, sin la más mínima vacilación.

Ya hemos visto el fuerte sesgo místico del escritor del Cuarto Evangelio y, naturalmente, nos volvemos hacia la exposición del profesor Schmiedel para conocer su opinión sobre la relación de este Evangelio con el gnosticismo. Él admite que “el Evangelio muestra claramente cuán profundamente las ideas gnósticas habían influenciado al autor”; pero en este asunto tan importante el profesor Schmiedel no tiene ninguna luz que aportar. Parece aceptar la muy polémica afirmación de Hegesipo, proporcionada por Eusebio, de que “profunda paz reinó en todo el reino de la Iglesia

hasta el reinado de Trajano (98 a 117 d.C.); pero después de que el segundo coro de los apóstoles hubiera muerto y los oyentes inmediatos de Cristo hubieran desaparecido, comenzó la corrupción atea mediante los engaños de los falsos maestros, que ahora se atrevían, con desvergonzada actitud, a oponer a la predicación de la verdad las doctrinas de la falsamente llamada Gnosis. No hay razón para disputar la fecha que aquí se da.”.

Por el contrario, hay muchas razones para disputar no solo la fecha sino cada punto en particular de las afirmaciones, como hemos mostrado con gran amplitud en nuestro reciente trabajo sobre este asunto. Aquí de nuevo, como en todo lo demás en conexión con la Gnosis, la nueva *Enciclopedia* revela su lado vulnerable, como nos ocuparemos de probar en nuestro artículo final.

En cuanto al lugar de composición del Cuarto Evangelio, el profesor Schmiedel se inclina por Asia Menor como la solución más fácil; es solo bajo esta asunción que cabe explicar como el Evangelio pudo atribuirse a algún Juan que vivía allí. Pero el fuerte carácter alejandrino de las ideas del Evangelio, en mi opinión, se opone a esto, aunque por supuesto las ideas gnósticas, y muy probablemente las alejandrinas, pudieron ser muy comunes en Asia Menor. No hay nada, sin embargo, que nos impida referir su origen a un círculo de Alejandría, llevándose luego una temprana copia del documento al Asia Menor.

Pero antes de dejar la cuestión, debe mencionarse que la crítica del Cuarto Evangelio, que hasta aquí se ha desarrollado asumiendo su unidad (excepto, por supuesto, el apéndice y el prólogo), se complica después con las hipótesis de “las fuentes”, y la cuestión de la interpolación. La cuestión de las fuentes, sin embargo, no nos ayuda en el momento presente con ninguna otra solución satisfactoria para el problema; podría haber, por supuesto, interpolaciones, “pero si se propusiera eliminar, por interpolado, cada pasaje difícil, verdaderamente quedaría muy poco del Evangelio al final del proceso”.

En lo que se refiere a la cuestión crítica global del Cuarto Evangelio, el profesor Schmiedel dice que solamente hay “positivo alivio de una carga intolerable” cuando “el estudiante consigue abandonar cualquier teoría sobre la “veracidad” del Evangelio, así como de su autenticidad en el sentido de ser el trabajo de un testigo ocular que tuviera la intención de registrar la historia real. El que se muestre reacio a semejante rendición, y a pesar de toda la veneración por el libro que le ha obligado a tomar este camino, hallará poca alegría en su elección. En vez de ser capaz de sacar provecho de la elucidación relativa a la naturaleza e historia de Jesús, que se le promete por la teoría de la “veracidad”, se encuentra a si mismo a cada paso ante la necesidad de enfrentarse a objeciones por cuenta de la historicidad; y si trabajosamente tiene éxito en silenciar éstas, otras se alzan diez veces más numerosas, y en la refutación de estas, incluso cuando consigue realizarla – y todo esto podría ser demasiado prometer- el no podría, en una autocrítica consciente, sentir ninguna confianza en su trabajo.”

Solo resta añadir que, en nuestra opinión, las mismas observaciones, con ligeras modificaciones, pudieran hacerse también en referencia a la mayor parte de los escritos sinópticos.

Pero esa pobre respuesta, la única que según nos lleva a deducir el punto de vista general de la crítica avanzada satisfará la pregunta: “¿Que piensas tu de Cristo?” es y

debe ser altamente repugnante para aquellos que no solo le aman, sino que le adoran. Cual es, entonces la base de esa intuición de las cosas más grandes, que rehúsa sacrificarse a si misma en el altar de la “ciencia”? Nuestro artículo siguiente será dedicado a realizar un examen general de esta cuestión.